

THOMAS WILLIAMS (ed.), *The Cambridge Companion to Medieval Ethics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018, 420 pp., ISBN: 9781316618110

Reseñado por CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI,
Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

Thomas Williams es el editor de diversos artículos dedicados a la Ética Medieval. Un ámbito poco estudiado, a pesar de ocupar un lugar preferente en el interés de los filósofos de la época. La obra se divide en dos partes y 16 capítulos.

La primera parte, *Historia*, se divide en cinco capítulos. En el capítulo 1, «Desde Agustín hasta Eriúgena», Kenyon enfatiza el carácter práctico del pensamiento ético en los inicios del pensamiento medieval, tratando de reorientar la vida humana hacia la consecución de los bienes eternos. Especialmente se analizan *Las confesiones* de San Agustín y *La consolación de la filosofía* de Boecio, poniendo de relieve el carácter literario que en este periodo adquiere el discurso filosófico. En el capítulo 2, «Desde Anselmo hasta Alberto El Grande», Wilks reconstruye el tránsito desde el planteamiento más personal de la ética hasta los planteamientos de tipo escolástico que caracterizarán el siglo XIII y XIV. En este período medio se interesan por la estructura del acto moral y se reflexiona sobre las relaciones entre la ley de Dios y la ley natural. Por su parte, Pedro Abelardo desarrolla una versión muy provocativa de la ética de San Agustín, y Pedro Lombardo elabora *Los cuatro libros sobre las sentencias*, que se convertirá en el libro de texto de las siguientes centurias. Finalmente, Alberto El Grande ejercerá una gran influencia como introductor de Aristóteles y a través de su discípulo, Tomás de Aquino.

En el capítulo 3, «De Tomás de Aquino hasta 1350», Hagedorn proporciona una visión general de pensamiento ético tomista, centrándose en la ley natural y en la teoría de la virtud, así como en el análisis del acto moral. Se analizan la influencia de las condenas de 1277 en el pensamiento posterior, así como tres debates que se originaron a este respecto: el estatus modal de las verdades éticas, sobre la naturaleza de la virtud y sobre la pobreza franciscana. En el capítulo 4, «La ética islámica», McGinnis ofrece una panorámica de los sistemas éticos de las filosofías y teologías islámicas desde el 850 al 1200. Se analizan aquellos sistemas metafísicos y de psicología moral que enfatizan el papel de la virtud y de la felicidad, así como el problema teológico acerca de la posibilidad de una ley natural o de la capacidad de discernimiento de la razón sin ayuda de la revelación respecto de las obligaciones morales. En el capítulo 5, «La ética en la filosofía judía medieval», Rudavsky analiza como los pensadores judíos se apropiaron creativamente del pensamiento eudomonista aristotélico y de la ética de la virtud. No se aborda el tema de la ley natural en cuando tal, pero sí muchos de los problemas con ella relacionados, como la naturaleza de la razón, la relación entre la razón y la revelación, o si las cuestiones morales se pueden resolver exclusivamente a partir de la razón.

La segunda parte, *Conceptos y temas*, se compone de once capítulos. En el capítulo 6, «Felicidad», Steele comprueba la presencia de la ética eudemonista aristotélica en San

Agustín, Boecio, y Tomás de Aquino. Todos aceptan su estructura formal de argumentación y que la felicidad solo se alcanza en la otra vida, aunque cada uno sigue diversos caminos para llegar a esta conclusión, según adopte una postura voluntarista o intelectualista. Por su parte Duns Scoto romperá este consenso de sus predecesores y separará claramente la felicidad y la moralidad. En el capítulo 7, «Virtud», Osborne analiza las fuentes escriturísticas, patrísticas y clásicas en el desarrollo de la respectiva teoría de la virtud. Se analizan especialmente sus clasificaciones y el lugar de las virtudes cardinales, las conexiones entre ellas y el debate acerca de las facultades psicológicas a las que pertenecen. En el capítulo 8, «La ley», Porter examina las propuestas escolásticas acerca del derecho y la ley natural, tanto en el ámbito de la racionalidad filosófica como de la fe revelada, estableciendo una complementariedad entre ellas. También se analiza el uso práctico de la ley por parte de las instituciones civiles y eclesiásticas en la correspondiente práctica social, especialmente con relación a la propiedad privada y a la moral sexual.

Al capítulo 9, «Libertad sin capacidad de elección. Teorías medievales acerca de la esencia del libre arbitrio», Hoffmann hace notar cómo la mayoría de los autores medievales aceptan esta noción, aunque muchos de ellos opinan que es de imposible realización práctica. Se señala también el precedente agustiniano de esta cuestión, así como algunos progresos habidos durante los siglos XIII y XIV. En el capítulo 10, «Razonamiento práctico», Dougherty analiza diversos puntos de vista acerca de los distintos modos cómo se puede llegar a conocer el deber moral y las formas de error, o la simple confusión que puede darse al respecto, especialmente cuando se genera una situación de perplejidad por no haber ninguna opción legítima en el ejercicio del libre arbitrio. En el capítulo 11, «Voluntad e intelecto», Williams argumenta la diversidad de significados que adquirió la noción de voluntad desde Agustín hasta Ockham. De ahí que ahora se centre exclusivamente en los debates que hubo en el siglo XIII y XIV al respecto. En el capítulo 12, «Emociones», Pickavé analiza la naturaleza, el fundamento psicológico, las facultades donde se alojan las emociones o pasiones, su contribución al proceso de la acción, ya sea que desempeñen un papel fundamental o sean objeto de un control racional y puedan ser dignas de elogio o de culpabilidad. En el capítulo 13, «Misticismo medieval islámico y cristiano y el problema de la ética mística», Griffioen y Sadeg Zahedi argumentan la dimensión ética que suelen tener las actitudes místicas, así como su referencia al fin más alto, a las virtudes y vicios y a la perfección o al bienestar. Sin embargo, su actitud apofántica respecto de lo divino y su elitismo respecto de lo ordinario hacen que den lugar a un tipo especial de ética.

En el capítulo 14, «Ética económica», Lambertini analiza la dimensión ética de la actividad económica. Se pone así de manifiesto cómo los cambios sociales y políticos pueden acabar teniendo repercusiones éticas, especialmente en el ámbito de los negocios e inversiones privadas, como ocurre en el caso de los préstamos. En el capítulo 15, «Autointerés, autosacrificio y bien común», Marenbon analiza el egoísmo psicológico y ético desde el punto de vista de una racionalidad ética abierta al autosacrificio en favor del bien común. A su vez se comprueba que la recuperación de la *Ética* de Aristóteles tuvo en el desarrollo de estos temas. En el capítulo 16, «Pecado y gracia», Sweeney comprueba

cómo la noción de pecado afecta al carácter de las personas, tanto en su dimensión moral como psicológica, de igual modo que la noción de gracia afecta a la responsabilidad moral

Para concluir, una reflexión crítica: evidentemente, las cuestiones éticas no tienen en la historiografía medieval el peso que merecen, constituyendo una asignatura pendiente que se hace necesario subsanar. Sin embargo, a las propuestas que ahora se formulan cabe hacerles una objeción. ¿Hasta qué punto las cuestiones éticas están condicionadas por una previa interpretación histórica de la noción de progreso, que ahora se sobreentiende, pero no se termina de justificar? Por ejemplo, cuando se sitúa a Agustín y Boecio en una primera fase de la filosofía medieval, en razón del estilo literario personal de su pensamiento, mientras que la filosofía escolástica del siglo XIII y XIV ya sería una filosofía académica mejor formalizada, que no necesitaría recurrir a este tipo de estrategias literarias. Realmente, ¿una recuperación de las cuestiones éticas por parte de la historiografía medieval debe comenzar relegando a un periodo todavía no consolidado las grandes aportaciones de Agustín de Hipona?

RICHARD CAMPBELL, *Rethinking Anselm's Arguments: A Vindication of his Proof of the Existence of God*, Leiden and Boston, Brill, 2018, 535 pp., ISBN: 9789004363663

Reseñado por ALEXANDER WESTENBERG,
Catholic Archdiocese of Sydney/University of Notre Dame Australia
al.westenberg@gmail.com

Since Anselm first published his *Proslogion* in in the late 1070s, two things have generally been assumed: first, that his argument for the existence of God is a form of what later became known as an ontological argument; and, second, that this argument resided in Chapter 2 of a 26-chapter work. Campbell's latest book challenges both of these, demonstrating with convincing force that the latter is false and the former unlikely. Consequent to this challenging of the status quo, as the book's subtitle suggests, Campbell provides a persuasive vindication of Anselm's arguments, to the point of declaring them a valid proof for the existence of God.

Of course, at least part of this argument is not new. Over forty years ago Campbell himself published *From Belief to Understanding*, which articulates the theory that Anselm's argument is not to be found in chapter 2 (I will refer from now on to Anselm's chapters as P2, P3, etc.) alone – and in this he was not entirely alone.¹ We should not make the mistake, however, of thinking that the present book is either a re-statement of the argument of *From Belief*, nor is it a sequel, so to speak, that builds upon the first. It is, instead, better

¹ La Croix, for instance, suggests that not only is the work not contained within the second chapter, but that it is found within the entire work. Cf. R. La Croix, *Proslogion II and III: A Third Interpretation of Anselm's Argument*, Leiden, Brill, 1972.